

sas y tan pesadas antes no se obtenía la autorización imperial, que acabó por hacerse general la creencia de que así se había dispuesto todo para hacer infructuosa la ley, lo que era soberanamente injusto. El vicio estaba en el sistema de gobierno.

Arrastrado, como ya sabemos, Alejandro á las luchas titánicas del centro de Europa contra Napoleón, toda su actividad reformadora quedó paralizada por la guerra que tan funesta le fué siempre. Austerlitz y Friedland, sin embargo, hicieron del tsar un satélite de la política bonapartista y desde



SEGUIER

y los jefes de su política militar, y reemplazados por hombres simpáticos á Napoleón, fué ahora Miguel Speranski quien reemplazó á Czartoryski, esto es, fué en el hijo de un pobre pastor en quien depositó Alejandro el peso del gobierno de su Estado y la ejecución de su plan de reformas. Quería el tsar imitar á Prusia, y Speranski debía ser para su imperio lo que Stein; y Speranski demostró que, en efecto, se podía confiar en él para regenerar á su patria y disponerla á gloriosas revanchas. Speranski y Alejandro se pusieron de acuerdo durante el invierno de 1808, consagrando al estudio de sus planes las largas noches de Rusia durante tal estación.

Convencidos de que la servidumbre era la causa principal de los embarazos y de la debilidad interior de Rusia, Speranski no hubo de esforzarse mucho para convencer á Alejandro de que era imposible hacer nada serio en un país, en el cual la

este momento vuelve á abrirse para Rusia una nueva era de reformas.

La dura experiencia de las guerras de 1805 y de 1807, convencieron á Alejandro de la necesidad urgente de una completa reorganización del Estado. Anunciar este propósito y levantarse contra el mismo la más fuerte oposición, fué obra de un solo instante; el partido reaccionario fué en esta ocasión cuando se dió á conocer y cuando se organizó en Rusia.

Alejados del lado del tsar sus amigos personales

inmensa mayoría de sus habitantes eran siervos, sin atacar de frente esta servidumbre, ya que cualquiera cosa que se intentase para mejorar la ilustración y cultura del país, había de dar por resultado hacer sentir á los siervos sus cadenas. Por consiguiente no podía haber agricultura, ni industria, ni artes, allí en donde la libertad personal no existía. La nobleza, pues, debía perder el privilegio de tener siervos, y con este privilegio todos los demás que la constituían como un cuerpo preponderante en la nación, incluso el de constituir una primera Cámara en la representación nacional.

Speranski no era, sin embargo, un demócrata. No quería abolir ni debilitar el influjo de la aristocracia, lo que quería era una aristocracia á la inglesa; la suprema y general aspiración de los políticos europeos en esa época de transacción entre el absolutismo y la democracia. Esta aristocracia, como la

inglesa, debería poseer grandes fondos, que se vincularían en los primogénitos; pero enfrente de esa aristocracia debía levantarse un pueblo también propietario y libre. Estas dos clases juntas debían formar la representación nacional y formar el cuerpo legislativo, cuya base debía estar en la organización de un fuerte é independiente gobierno municipal y provincial. De todos los proyectos convenidos y redactados entre Speranski y Alejandro, supo aquél empero plantear alguno de ellos. «En 1809 transformó la Comisión legislativa, cuyos trabajos, produjeron desde entónces, las bases de un Código de

comercio, el coronamiento de una parte del Código penal y un Código civil completo, que sus adversarios calificaban de mala traducción del Código Napoleón. Una nueva organización de la administración superior reemplazó en 1810 á la antigua, que databa de 1802. Establecieron los ministerios sobre un nuevo pié y se formó un Consejo de Estado como autoridad central para toda legislación, para la administración superior y para toda acción gubernamental.» ¿Hizo todo esto Speranski sin encontrar resistencias?

Por lo que ya hemos dicho, Speranski podía con-



MR. HURIKSON

tar con que una de las resistencias que tendría primero que vencer, sería la que opondría el mismo emperador, y en efecto, éste, tan pronto se sintió acosado por los viejos rusos, por este partido que hacía más de un siglo venía oponiéndose sistemáticamente á todo progreso, pretextando que Rusia no estaba preparada, aflojó en su resolución de marchar adelante sucediera lo que sucediera. Speranski había de contar también con que su mismo carácter se opondría á sus obras. Hombre íntegro, hábil, inteligente y moderado, no estaba lejos de creer que Rusia no estaba preparada para sus reformas, así fué tal vez él quien primero cedió á los viejos rusos cuando éstos se lo hicieron saber por Karamsina.

Karamsina no era un hombre de partido sino en el recto sentido de la palabra; por esto los viejos rusos explotaban sus convicciones, servidas por un hombre digno de todas las consideraciones. Lo que dijera Karamsina á la Corte, se podía estar seguro de que sería oído y meditado, porque el viejo ruso

no se oponía á las novedades de Speranski, á su *francomanía* como se decía en Rusia por ser novedades, sino porque estas no eran viables en un país que Karamsina calificaba sin rebozo de bárbaro y atrasado. Pedía á su vez reformas y radicales. Pedía que se hiciera moralidad, honradez y decoro en las altas, medianas y bajas esferas gubernamentales, todo lo cual faltaba en ellas de una manera lastimosa. Esto era para él lo que urgía, y esto debía hacerse mediante un sistema terrorista llevado al extremo. Moralizado el gobierno y moralizada la administración en todos sus órdenes, entonces, decía, se podrá pensar en lo que convenga hacer para moralizar al bajo pueblo borracho y ladrón, cualidades que declaraba características del pueblo ruso, y en verdad características de todo pueblo semi-salvaje. Alejandro que decía que sus empleados no le robaban los buques de su armada sólo porque no sabían en dónde ponerlos, no podía menos de sentir toda la fuerza de la argumentación

de Karamsina, de modo que cuando supo que Speranski decía que el viejo ruso decía verdad, que las reformas para ser viables necesitaban de un personal político y administrativo honrado y decente, de que él no podía disponer, si bien pensaba crearlo, Alejandro principió á desconfiar y á recelar, vió en Speranski un hombre peligroso de quien convenía alejarse y desde este momento quedaron paralizadas las reformas, abandonándolas por completo cuando apuntaron los tremendos acontecimientos de 1812. Entonces fué Speranski ignominiosamente despedido por su imperial amigo, que le tuvo confinado hasta 1816, como si el inteligente reformista hubiese cometido un crimen de Estado.

Dueños de la situación los viejos rusos, el milagroso resultado de la campaña de 1812 seguida de los primeros triunfos de 1813, les dió medios para apoderarse del vacilante é iluminado espíritu del tsar, presentándole todo lo ocurrido como obra providencial, y á él como el hombre escogido por la Providencia para abatir la revolución y restablecer el reinado de Dios en el mundo. En esta disposición de ánimo le hemos visto avanzar contra París, y lo que de ella pudieron sacar los franceses ya está dicho: un hombre providencial, un hombre que toma por lo serio el papel de enviado ó elegido de Dios, se ha de portar con dulzura y bondad resistiendo todos los extremos. Así, lejos de convertirse en instrumento de las venganzas prusianas y alemanas, Alejandro se convirtió en el hombre justo y moderador que su papel exigía.

Lanzado ya por este camino, secundado ardentemente por el clero moscovita, rodeado de fanáticos convencidos y de fanáticos por conveniencia, Alejandro llegó al paroxismo cuando la vuelta de Napoleón profetizada por la Krüdener tuvo el rápido desenlace que ya sabemos, desenlace que la Krüdener le justificó con fragmentos del *Apocalipsis*, pues resultó para toda esa turba de fanáticos que la *Biblia* y el *Apocalipsis* se habían escrito ó revelado para saber lo que pasaría un día en Europa en tiempo de Napoleón y de Alejandro.

Era la Krüdener, como ya se puede presentir, una gran pecadora arrepentida. Mientras la juventud lució sus colores en las mejillas de la dama rusa, ésta no pensó ni en salvar su alma, ni en salvar á Rusia; pero cuando llegó la edad de los desengaños, cuando los amantes no hacían más que pasar sin detenerse, la hermana del presidente de la Sociedad Bíblica de San Petersburg, creada por el mismo emperador en medio de las batallas del año 1813 para convertir

á los rusos por medio de lecturas piadosas, encontró su camino de Damasco en su ciudad natal, en Riga, en 1805. Desde esta fecha la exaltación de la señora de Krüdener fué aumentando al compás que crecía su círculo de piadosos y devotos amantes, y así la hemos visto correr tras de Alejandro por Alemania y Francia, y jactarse de ser ella la que había concebido el plan de la Santa Alianza, de la que hacía honor al rey de Prusia el mismo tsar, otro pietista que hizo voto de atribuir á Dios la gloria del triunfo, como si Dios para vencer á Napoleón hubiese tenido necesidad de la terquedad británica y de la tenacidad alemana.

Convencido Alejandro por las profecías de la Krüdener y por las exhortaciones de sus amigos, la señora de Lezay-Marnesia, Stilling, Bergasse, que Napoleón había sido la bestia del *Apocalipsis* y él su vencedor, se creyó con derecho á intervenir en todo y en todas partes, convirtiéndose en pesadilla de todos los gobiernos europeos.

Napoleón en Santa Elena decía que había dejado por heredero suyo en Europa á Alejandro. En efecto, éste tenía calculadas las marchas que tendría que hacer para ir siempre que quisiera de Varsovia á París, desde donde creía que se gobernaba el mundo. ¿Quién podría oponérsele? ¿La dividida Alemania? Por fortuna, como ya hemos visto, Alejandro no tenía un carácter guerrero, Napoleón no tuvo más que un sucesor platónico. Alejandro quería dominar á Europa como él, pero no con los cañones, sino con sus consejos.

Ya hemos visto cómo sus embajadores en Nápoles y en Madrid, Mocénigo y Tatischev, entendían su misión de representantes. Luégo veremos á otro embajador suyo en los Países Bajos trabajando para separar este reino de Inglaterra y unirle á sus intereses. Metternich le dejaba hacer porque comprendió que todo aquello no eran más que palabras, pero Inglaterra se mostró desde luego incomodada, como se incomoda siempre que se trata de lo que á ella particularmente le conviene. El enojo de Inglaterra lo sintió Alejandro tan pronto quiso pasar de las palabras á las obras. Entonces fué cuando Inglaterra se unió con Francia y Austria para encerrar á Alejandro dentro de las fronteras de su inmenso imperio, y cuando Alejandro para afianzar y extender sus conquistas en Polonia pensó en hacerse el aliado de Francia, en anteponer Prusia á Austria y en entretener á Inglaterra. El hombre providencial pasaba de pronto á la categoría de hombre político. Es, pues, para desunir á Prusia y Austria que Alejandro se alía con los Estados pequeños alemanes

amenazados por la unión de las dos grandes potencias germánicas.

Alejandro, en lucha con sus enemigos, se dispuso á hacer valer la arma que tanto había hecho reír á Castlereagh y á los hombres de Estado ingleses, es decir, sacó el tsar su «Tratado de la Santa Alianza» y la presentó á Europa como la regla suprema de su derecho político.

«Una nota verbal, expedida por ese tiempo, por el gabinete ruso, puso sobre el tapete la transformación de la Santa Alianza en una especie de Acta federal para toda Europa. Propuso garantizar expresamente, de una manera general y recíproca, el estado territorial de todas las potencias que accedieran á ese tratado, lo mismo que la legitimidad de todos los gobiernos restaurados en Europa.» De modo que se iba ahora á dar un valor práctico á lo que antes no lo tenía más que teórico. Metternich, tan pronto vió que de las «palabras» se iba á pasar á los «hechos», se apresuró á declarar á Alejandro que Austria se pondría á su lado para facilitar sus deseos, pero con la segunda intención de contrariarlos cuanto fuera posible, porque Metternich sabía de sobra lo que Italinski, en nombre de Rusia, estaba haciendo en Italia para formar una alianza de Rusia con los Estados italianos contra Austria, cuyos trabajos se extendían hasta Roma mismo, pues el Papa ordenaba á las potencias católicas que no suscribieran un tratado en donde se ponían bajo un mismo pié, los cismáticos griegos, los protestantes y los católicos.

Quien también combatía con la misma energía que el soberano Pontífice el «Tratado de la Santa Alianza» era el padisha de Turquía, á quien se dieron toda clase de seguridades de que en modo alguno iba dirigido contra él. Pero Turquía sentía la agitación latente de Grecia, veía á Kapodistrias al lado del tsar, y todo esto no podía tomarlo por signos tranquilizadores, y, en efecto, lo eran tanto menos cuanto que Alejandro pensaba ya en extender su imperio por Asia, á cuyo fin alistaba bajo sus banderas á todos los oficiales franceses que habían estado en Persia. Esto alarmaba en grande á Inglaterra, y por eso Castlereagh en Aquisgran, al reunirse el Consejo que había de establecer el pacto federal europeo, dió esquinazo á la cuestión haciendo que fracasara, pero Castlereagh llegaba tarde, y en Inglaterra se formó una gran opinión contra él, diciendo que para acabar con Napoleón y la influencia francesa en Europa, había creado á Rusia á la que no podría impedir que llegara á la India cuando le diera la gana.

Fundábase este modo de ver sobre la política rusa, en lo resuelta que se presentó al ocupar Inglaterra las Islas Jónicas, en intervenir en su administración, como si buscara un pretexto para la gran querrela del oso con la ballena, como se ha dicho en nuestros días. Luégo en que cuando nada urgía tanto como licenciar el enorme ejército ruso que tenía arruinada la hacienda, pues consumía la mitad de los ingresos, Alejandro, por lo contrario, llegaba hasta la iniquidad más espantosa para mantenerlo en el formidable pié de guerra en que á la sazón lo tenía, estimándose su fuerza á más de seiscientos mil hombres.

¿Quién fué el autor de las colonias militares de las que nadie quiso la paternidad? Evidentemente el mismo emperador Alejandro. Había éste comprendido que el gran temor que inspiraba á Europa se apoyaba en sus seiscientos mil hombres, que la desazón de Inglaterra no tenía otro fundamento y por consiguiente resolvió guardarlos mientras pudiera. Así resolvió hacer del campesino y del soldado un solo hombre, pero modificados los primitivos reglamentos en 1826 y 1831, el resultado final fué poner en cada casa de campo dos soldados á quienes tenía que alimentar el labrador; en cambio se le exceptuaba de algunos impuestos y los soldados le debían ayudar en sus faenas. «Conforme á la organización primitiva de esas colonias, tal cual se conoció en tiempo de Alejandro, los campesinos quedaban por ella sometidos á la disciplina militar, así estaban obligados á llevar el pelo corto y afeitada la barba. Sus hijos no podían establecerse en donde mejor les conviniera, y sus hijas tenían que casar forzosamente con soldados, y hasta algunas veces se determinaba el marido á la suerte.» «La introducción de esas costumbres se hizo por Smolensk por ser los campesinos pobres y dóciles; en el gobierno de Noogorod, en los municipios ya más acomodados, causaron un descontento muy vivo; ya en 1824 hubieron algunos tumultos que fueron el preludio de la violenta catástrofe que estalló en 1832.»

Bien se comprende que á esta organización militar del campo, siguieran una serie de disposiciones encaminadas á hacer de Rusia y de su organización político-administrativa, un puro Estado militar. Rusia creyó que de la misma manera que había podido establecer sus soldados á expensas de los campesinos y crear una población militar, podría ahora crear las fábricas y talleres que necesitaban su inmenso ejército, sus fundiciones, sus pirotecnias, y aunque esto quiso llevar á cabo, la falta de tradiciones industriales en el país dió por resultado que

todo se malograra y que las fábricas de paños no llegaran nunca á sustituir las inglesas, y que se tuviera, como antes, que acudir al extranjero para equipar su ejército. En cambio, no se hizo nada para favorecer el fomento y progreso de las industrias agrícolas que son las que tienen en Rusia verdadera base natural. Así se fué preparando todo para una gran crisis económica, cuyos resultados eran difíciles de preveer en un país tan trabajado por la miseria, el servilismo y la corrupción.



MARTIGNAC

destajistas de obras públicas, pero en punto á vender hombres ó mujeres, muchachos ó muchachas, esto no podía creerlo; pero bien pronto al enterarse de las quejas de los siervos, supo que hasta había mercados para proveer á Asia de muchachas. Esto le hizo apresurar el arreglo que en las provincias alemanas hacía años se estaba preparando entre señores y siervos bajo la base del contrato. Con esto parecía que se iba lejos, que se declaraba libre el trabajo, pero como á la vez no se consentía que los siervos pudieran ser jamás propietarios de los feudos que cultivaban si bien esto más adelante se modificó concediendo que los siervos pudieran ser propietarios precarios como los extranjeros, esto es, por noventa años, la verdad es que la reforma no satisfizo, y si la exaltación se calmó debióse á que de momento se hacía algo que garantizaba la libertad, ó mejor, la seguridad personal de los siervos.

Alejandro, á quien sus sentimientos humanitarios le habían hecho intentar varias veces la reforma de la servidumbre, se encontraba ahora en la necesidad de dar respuesta á esta terrible cuestión. Las guerras de 1812 y 1815 habían puesto el fusil en manos del siervo, y el señor se mostraba dispuesto á no dejarlo hasta mejorar su condición. Creía Alejandro que ya en el imperio no se vendía á nadie, sabía que los nobles, que los propietarios de siervos los alquilaban por centenares ó por millares á los

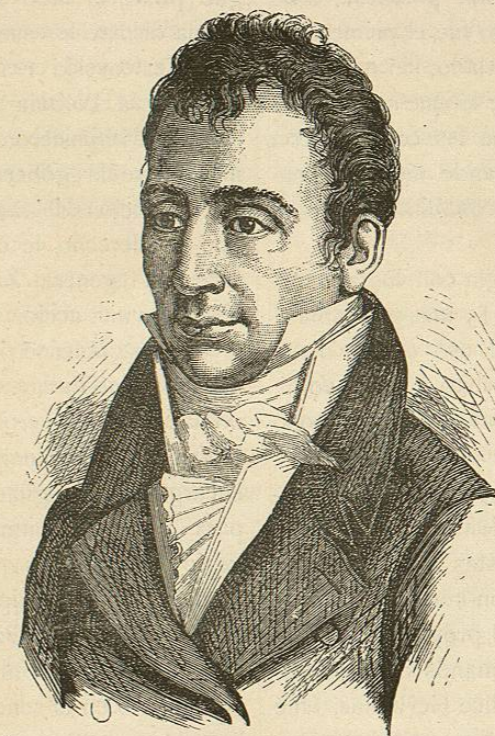
«Tan pronto principió Napoleon su retirada de Rusia, Adan Czartoryski, hijo, se presentó en Varsovia para atraer los poloneses á Alejandro. Asociándose los antiguos ministros de Hacienda y del Interior, Matouszevicz y el conde Mortoski,—últimos de Noviembre de 1812,—puso las bases, bajo las cuales, en su opinión, debía Alejandro fundar el trono real de Polonia para subir luego á él; y era la unión del gran ducado de Varsovia con la Lituania, y una Constitución compuesta de la del gran ducado de Varsovia y de aquella que había sido promulgada el día 3 de Mayo de 1791. Esto tuvo lugar mientras Matouszevicz estaba conferenciando, en Sajonia y en París, á la vez con el antiguo rey-duque y con el emperador protector, lo que excusaba hasta un soldado como Paniatowski, cuando decía que «todos los poloneses se veían reducidos á la necesidad de tener dos conciencias.» También

negociaba Czartoryski con el emperador de Rusia, siguiendo otras ideas, sin que, empero, para ello tuviera autorización de nadie.»

Las disposiciones naturales del tsar y su sentido político, le indicaron cómo debía componérselas para ganar el afecto de los poloneses y lo llevó todo tan bien, que el culto del tsar entre las damas polonasas se hizo de moda.

«Si antes hubiese deseado Napoleon provocar una revolución entre los poloneses, Alejandro hu-

biese deseado entonces ver á los poloneses obrar de una manera independiente, á fin de que sus proyectos no asustasen á Austria y Prusia, y no se alejasen estas potencias de su lado, rompiendo toda alianza. Así, á primeros de 1813, hizo saber á Czartoryski que si los poloneses concluían con él un tratado de alianza, no depondría las armas hasta tanto que estuviesen satisfechas las aspiraciones de los poloneses. Pero esas aspiraciones eran insaciables hasta en los hombres más reflexibles. Czartoryski



COURVOISIER

que sabía muy bien que la independencia y la libertad no estarían jamás aseguradas bajo el cetro de Rusia y con un sucesor del trono tal como Constantino, había osado, mientras el temible enemigo estaba aún de pie, presentar sus proyectos completos á Alejandro,—27 de Diciembre de 1812,—á pesar de que tenía motivos de sobra para conocer su carácter equívoco: Czartoryski pedía la reunión de todas las provincias polonasas bajo el gran duque Miguel, como rey independiente.»

Pero ¿era factible para Alejandro la mera proclamación siquiera de la unión nacional de las tres grandes provincias polonasas? ¿Eralo más, vis á vis de Austria y Prusia, la proclamación de la Independencia de Polonia aun reducida al gran ducado de Varsovia y á las antiguas provincias polacas de Lituania, Padolia y Volhynia?

De lo primero ni siquiera hizo cuestión Alejan-

dro. Respecto de lo segundo le dijo á Czartoryski en 15 de Enero de 1813, que lo que él reclamaba no era posible, por lo mismo que las dichas provincias hacía ya tiempo que se consideraban como rusas, y que lógica alguna del mundo le convencería de lo contrario y de la conveniencia de su unión con un Estado independiente. Sobre la cuestión constitucional se mostró partidario de las formas más amplias y liberales. En esto Alejandro engañaba á Czartoryski, de lo que pudo éste convencerse al nombrarse en 14 de Marzo de 1813, el Consejo de gobierno supremo de Polonia, á cuya cabeza se puso al general ruso Lanskoj, anticonstitucional por principios, lo mismo que antinacionalista, y á quien se adjuntaron como miembros del mismo al prusiano Colomb, al rusófilo Loubecki y al patriota Varserski.

Aun cuando desde luego el gobierno supremo de